

PROFECÍAS MESIÁNICAS

Hugo McCord

EL HIJO DE DAVID (2º SAMUEL 7.12)

Cerca del año 1000 a. C., David, rey de Israel, quiso construir un templo permanente que fuera casa de Dios. Dios le respondió a David que Su plan era construirle a él una casa (2º Samuel 7.11). La casa que Dios tenía planeada para David, no sería de madera ni de piedra: Sería de la posteridad de David. Sería una casa familiar, compuesta por los descendientes de su linaje. Dios se refirió expresamente al hijo de David llamado Salomón:

Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo [...] Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente (2º Samuel 7.13-14a, 16).

No obstante, Dios también se estaba refiriendo implícitamente a la «casa de [Su] siervo en lo porvenir» (2º Samuel 7.19). La profecía y la promesa se extendían mucho más allá del tiempo de Salomón.

La promesa de Dios fue expresada en forma de juramento: «Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí» (Salmos 89.35-36); «En verdad juró Jehová a David, y no se retractará de ello: De tu descendencia pondré sobre tu trono» (Salmos 132.11). Aunque príncipes y reyes se opusieran al hijo de David (Salmos 2.1-3), Dios había determinado cumplir Su juramento. El salmista profetizó que Dios diría: «Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte» (Salmos 2.6). El salmista también profetizó lo que Dios diría al heredero de David: «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy» (Salmos 2.7).

El Espíritu Santo capacitó a David para hacer insólitas profecías acerca de su heredero. David se refirió a su sucesor como su propio «Señor» (Salmos

110.1). No es normal que un padre se someta al señorío o autoridad de su propio linaje; sin embargo, David claramente profetizó que él sería inferior a su hijo. Además, David previó que la autoridad de su heredero no se asentaría en la Jerusalén terrenal, sino que «a la diestra de Dios» (Salmos 110.1). Lo más extraordinario es la manera como David profetizó que su hijo sería rey y sacerdote a la vez: «Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Salmos 110.4; vea Zacarías 6.13). David no era, ni podía ser sacerdote; su trono no estaba a la diestra de Dios en los cielos. Con las anteriores palabras, David estaba reconociendo la supremacía de su hijo.

David se refirió, además, a uno cuyo trono sería eterno (Salmos 45.6), llamándolo «Dios». ¿Cómo podían llegar a cumplirse alguna vez profecías tan audaces como las anteriores? ¡El hijo de David tendría un trono eterno, sería Señor del mismo David, estaría a la diestra de Dios, sería sacerdote sobre Su trono y sería Dios! Unos doscientos años después de la muerte de David, Oseas echó una mirada al futuro y dijo que en los días postreros, los hijos de Israel buscarían a Dios «y a David su rey» (Oseas 3.5). Es obvio que no se refería al rey muerto en persona, sino a uno del linaje de este, a quien con todo derecho se le podía llamar «David».

De conformidad con lo profetizado por Isaías en el siglo VIII a. C., el heredero de David que vendría, superaría a Su famoso padre. Se le darían títulos de honor «sobre el trono de David y sobre su reino», al llamársele: Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Isaías 9.6-7). Fue profetizada la clase de administración que tendría: «Y se dispondrá el trono en misericordia; y sobre él se sentará firmemente, en el tabernáculo de David, quien juzgue y busque el juicio, y apresure la justicia» (Isaías 16.5).

Dios prometió darle toda autoridad. «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá» (Isaías 22.22). Isaías dijo que, por medio de su heredero, a la gente se le invitaría a participar en el pacto eterno de Dios, que se describe como «las misericordias firmes a David» (Isaías 55.3). Dios también usó a Jeremías, unos cuatrocientos años después de la muerte de David, para certificar y confirmar la segura promesa del cielo (Jeremías 33.20–21).

Mientras los judíos estaban en Babilonia, cinco siglos después de la muerte de David, Dios reafirmó Su promesa davídica: «Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David [...] Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos ...» (Ezequiel 34.23–24). Tal como hizo en la profecía de Oseas, Dios habló por Ezequiel, refiriéndose al heredero de David como si fuera el mismo David. Después Dios volvió a enunciar la promesa: «Mi siervo David será rey sobre ellos [...] mi siervo David será príncipe de ellos para siempre» (Ezequiel 37.24–25).

El cumplimiento de las sorprendentes profecías para «lo porvenir» (2º Samuel 7.19), en cuando al heredero divino de David, comenzó a darse después de haber estado este en su sepulcro durante casi mil años. El ángel Gabriel, enviado a una asustada mujer de Nazaret, llamada María, le dijo a esta que daría a luz un Hijo. La tranquilizó diciéndole: «Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lucas 1.32). El mensaje de Gabriel era que Dios pronto cumpliría Su promesa de antiguo: «Yo le seré a él Padre, y él me será a mí hijo» (2º Samuel 7.14a). Le dijo a María: «El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1.35).

Los judíos consideraban a Cristo únicamente como el hijo físico de David, no como el Señor del universo. No obstante, se quedaron sin palabras cuando Jesús señaló que David mismo había profetizado que su hijo sería su propio Señor (Mateo 22.41–46).

Jesús hizo lo que ni David ni nadie más alguna vez hizo, al ser levantado «de los muertos para nunca más volver a corrupción» (Hechos 13.34). Fue entonces cuando estuvo preparado para recibir «las misericordias fieles de David» (Hechos 13.34), tal como Isaías (55.3) había profetizado ocho siglos atrás. Las misericordias fieles prometidas a David, en el sentido de que un heredero estaría para siempre sobre el trono de David (2º Samuel 7.12–14), se cumplieron sorprendentemente en un Sucesor que no podía morir jamás.

Tan importante es la resurrección de Jesús en los propósitos de Dios, que Dios la señaló cuando profetizó: «Yo te engendré hoy» para que seas «mi hijo» (Salmos 2.7b; vea Hechos 13.33; Romanos 1.4). Jesús fue llamado en cierto sentido Hijo de Dios, durante los tres años anteriores a la resurrección (Lucas 1.35). No obstante, el día en que llegó a ser Hijo de Dios en un sentido figurado, fue el día de Su resurrección (Hechos 13.33).

Fue cincuenta días después de la resurrección que Jesús tomó Su lugar a la diestra de Dios, sobre el trono espiritual de David en los cielos (Hechos 2.29–31). Con lo anterior se cumplieron varias profecías: Salmos 2.6; 132.11; 89.34–37; Isaías 9.6–7; 16.5; Oseas 3.5; Jeremías 33.20–21; Ezequiel 34.23–24; 37.24–25. La misma profecía que tuvo su primer cumplimiento en la resurrección («Yo te engendré hoy»; Salmos 2.7) también se cumplió cuando Jesús fue coronado el día de Pentecostés (Hebreos 1.1–5). Ese fue el día cuando se sentó a la diestra de Dios, tomando la posición más importante y teniendo toda autoridad (Hechos 2.34; Hebreos 1.3), en cumplimiento de Salmos 110.1. La llave de David (Isaías 22.22), tal como se había profetizado, fue dada a Jesús (Apocalipsis 3.7). Dios llamó a Jesús «Dios» en los cielos (Salmos 45.6; Hebreos 1.8–9).

Además, el día en que Jesús fue coronado rey, fue también el día en que fue hecho sacerdote (Hebreos 5.5). Esto, también, había sido profetizado (Salmos 110.4). ¡Profecías inusitadas e inolvidables fueron minuciosamente cumplidas! ¡El Hijo de David venció la muerte para siempre, fue llamado Hijo de Dios, fue hecho Señor de David en los cielos, a la diestra de Dios, asumió toda autoridad, llegó a ser sumo sacerdote y fue aclamado como «Dios»!

Al echar una mirada atrás, uno puede ver que fueron muchas profecías las que se incluyeron en la profecía del «hijo de David». El Prometido sería uno del linaje de David (2º Samuel 7.12), David (Oseas 3.5), Señor de David (Salmos 110.1), Pastor (Ezequiel 37.24–25), Sacerdote (Salmos 110.4), Admirable Consejero (Isaías 9.6), Dios Fuerte (Isaías 9.6), Padre Eterno (Isaías 9.6), Príncipe de Paz (Isaías 9.6), Hijo de Dios (2º Samuel 7.14) y Dios (Salmos 45.6). Tendría el trono de David (Salmos 89.35–36), la llave de David (Isaías 22.22), y las misericordias firmes de David (Isaías 55.3).

BLENITA (MIQUEAS 5.2)

En el siglo VIII a. C., vino la palabra de Dios a Miqueas de Moreshet. Entre otras profecías, el Señor escogió una aldea sin importancia y la destinó para

que fuera famosa: «Pero tú, Belén Efrata [...] de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5.2).

Más de setecientos años después, un esposo y su prometida (que era virgen y a la vez estaba encinta) hicieron un viaje de Nazaret a la ciudad de Belén. Estando en esta, nació el primogénito de ella. Luego, guiados por una estrella, unos magos comenzaron a averiguar acerca del recién nacido rey de los judíos. El rey Herodes el Grande se alarmó, preguntándose si el Rey que ellos buscaban podría ser el Cristo de la profecía. Aparentemente, él sabía que el lugar de nacimiento del Cristo había sido profetizado, pero no se había preocupado por enterarse de la ciudad que se había mencionado. Tenía la idea de que si conocía exactamente dónde había de nacer Cristo, podía encontrar el rey rival y eliminarlo. Por lo tanto, «convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo» (Mateo 2.4). Los que habían leído bien el Antiguo Testamento, respondieron: «En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta» (Mateo 2.5).

Otro suceso que tuvo lugar años más tarde, confirma que en las mentes de los judíos no existía duda alguna en cuanto a la ciudad en la cual nacería Cristo. Esto fue lo que pensaron: «¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?» (Juan 7.42).

LLAMADO DE EGIPTO (OSEAS 11.1)

Fueron unas tres millones de personas de Israel a las que el Señor vio colectivamente como una sola persona, personas que estaban relacionadas con Dios como un hijo con su Padre: «Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo...» (Éxodo 4.22b). Era este un hijo muy querido, y al compasivo Padre le afligía el rigor de la esclavitud que sufría Su hijo en Egipto. El bondadoso Padre envió alivio. Con mano fuerte y brazo extendido, usando a Moisés como dirigente, Dios liberó a Su hijo de la inhumana servidumbre de Faraón. «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo» (Oseas 11.1). La joven nación, llamada hijo de Dios, viajó fuera de Egipto, al ir a la tierra de Israel, o Palestina.

Cerca del 750 a. C., Dios inspiró a Oseas para que escribiera que Él amó a Israel y llamó a Su hijo de Egipto. Estaba recordando y a la vez profetizando; estaba mirando hacia el pasado y hacia el futuro a un mismo tiempo. Volvió su

mirada 750 años al pasado, al momento cuando el hijo de Dios (después llamado la nación de Israel) salió de Egipto para ir a Palestina. Extendió su mirada unos 750 años al futuro, a otro Hijo de Dios, al único Hijo de Dios, que también salió de Egipto para ir a Palestina, la tierra de Israel. Miró hacia el pasado al momento cuando Israel era una joven nación, un niño. Miró hacia el futuro al momento cuando el antitipo de Israel, Jesús, vendría como niño. Miró hacia el pasado al momento cuando un inicuo rey, Faraón, oprimió al hijo de Dios. Miró hacia el futuro al momento cuando otro inicuo rey, Herodes, procuraría destruir al Hijo de Dios.

Al recordar el pasado de Israel, Dios también estaba enviando un mensaje para el futuro por la pluma de Oseas. El significado se revela en Mateo 2.19-21:

«Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño. Entonces él se levantó, y tomó al niño y a su madre, y vino a tierra de Israel.»

Cuando José obedeció al ángel, él se convirtió en el instrumento de Dios al cumplir el significado profético de Oseas 11.1. Mateo relató: «...para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo» (Mateo 2.15).

Por lo tanto, Oseas 11.1, constituye otra extraordinaria expresión veterotestamentaria con significados veterotestamentarios específicos y aún mayores significados neotestamentarios.

VENDIDO POR TREINTA PIEZAS (ZACARÍAS 11.12)

Según el profeta del siglo VI a. C., Zacarías, un conspirador delator recibiría su precio por sangre: «Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo» (Zacarías 11.12a). El profeta anunció que los conspiradores compañeros del delator aceptarían las condiciones de este, y el vidente puso estas palabras en boca del traidor: «Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata» (Zacarías 11.12b). Una pieza de plata tenía un valor de unos 64 centavos de dólar, y treinta piezas era el precio de un esclavo (Éxodo 21.32).

Es sorprendente el cumplimiento de las palabras de Zacarías unos quinientos años después: «Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata»

(Mateo 26.14–15).

EL DESAMPARADO DE DIOS (SALMOS 22.1)

Cuando David era perseguido por Saúl o por Absalón, muchas veces se vio obligado a esconderse en cuevas o en el bosque. En tales momentos, debió de haber creído que Dios le había retirado Su ayuda. Durante momentos críticos, cuando apenas había «un paso entre [él] y la muerte» (1º Samuel 20.3), era de esperar que David clamara: «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?» (Salmos 22.1a). No era que Dios lo hubiera abandonado, pues Dios, quien no puede mentir —El Dios que no muestra favoritismo— había prometido: «No te dejaré, ni te desampararé» (Josué 1.5c; vea Hebreos 13.5). A pesar de lo anterior, hablando humanamente, David se sintió desamparado de Dios, y su clamor es comprensible.

Mil años más adelante, un Hijo de David, perseguido por enemigos, clamó a gran voz desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27.46b). La luz del sol había desamparado a Jesús desde el mediodía hasta las tres en punto, Sus discípulos habían huido, y Dios se había apartado de Él. En el caso de David, el abandono de parte de Dios no era real. Era sencillamente que así le parecía al agobiado y preocupado hombre. En el caso de Jesús el abandono de parte de Dios era real. Durante las horas de la crucifixión, Jesús llegó a ser la personificación del pecado. Fue hecho por nosotros «pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2ª Corintios 5.21). Debido a que un Dios puro no puede mirar el mal (Habacuc 1.13), Él tuvo que apartar Su mirada. Jesús se percató de que, por primera vez en Su existencia, Su Padre tuvo que apartarse de Él.

Además, la ley decía: «Maldito por Dios es el colgado» (Deuteronomio 21.23); por lo tanto «maldito todo el que es colgado en un madero» (Gálatas 3.13b). Jesús llegó a ser maldito por nosotros.

Él no merecía en modo alguno tal tratamiento. La gente que merecía recibir la herida se libró de ella (Isaías 53.8), mientras que Dios «cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53.6). En días más felices Jesús se glorió en la certeza de que Su Padre no lo había dejado solo (Juan 8.29b); se regocijó en esta confianza, cuando dijo: «Yo sabía que siempre me oyes» (Juan 11.42a). Estando en la cruz, no obstante, ¡Dios no le oyó; le dejó solo allí, tan solo! ¡Jesús sintió esa soledad! Jesús sabía que para salvar el mundo él debía llegar a ser pecado, y que al hacerlo debía ser desamparado por Dios. ¿Por qué, entonces, clamó Él a gran voz como si no entendiera la razón por la que Su Padre estaba ausente? Tal vez nosotros en esta vida no lo podamos saber; puede que sencillamente haya sido que el aspecto humano de Jesús estaba sufriendo una gran angustia.

EL CADÁVER QUE VOLVIÓ A VIVIR (SALMOS 16.10)

Salmos 16.10 parece ser una profecía totalmente predictiva, una profecía que tiene significado únicamente en relación con Jesús: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción» (Salmos 16.10). En esta profecía en particular, David no estaba escribiendo acerca de sí mismo; porque después que él murió, «fue reunido con sus padres, y vio corrupción» (Hechos 13.36). Mil años más adelante, Pedro se refirió al sepulcro aún cerrado de David, diciendo: «Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy» (Hechos 2.29).

Al ser profeta (Hechos 2.30), David tenía la capacidad para prever (Hechos 2.31). Cuando escribió Salmos 16.10, él habló «de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios» (Hechos 2.31–32a), y «aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción» (Hechos 13.37).

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS